

La Complicada Paz

Teniente Coronel (R) Ralph Peters, Ejército de EE.UU.

Tomado de la revista *Parameters*, número de primavera de 1999.
Derechos reservados por el autor.

LA PAZ ES CARA. Sin embargo, cuando la tenemos, no hay gasto demasiado alto. La paz es el origen de nuestra grandeza. Aunque los estadounidenses ganamos nuestra libertad por medio de la guerra, formamos nuestra nación en tiempo de paz. Pero cuando se trata de la paz ajena, lejos de nuestras costas y de relevancia difícil de precisar, el costo tiene importancia. Comúnmente, el precio monetario es inferior en comparación con otros desembolsos nacionales. No obstante, para nuestras instituciones militares, ya bastante frágiles y deficientemente estructuradas para las misiones de no guerra, el precio puede ser exorbitante.

Es una situación palpable para nuestras fuerzas militares, pero difícil de entender y explicar adecuadamente. El mundo que conocimos ya no existe. Fue reemplazado por la turbulencia, la confusión y contradicción y no parece probable que resurja ningún orden global comprensible durante nuestra era.

En esta época de oportunidad y peligro, nuestras fuerzas militares se aferren a soluciones tradicionales basadas en una lectura romántica y superficial de la historia. Admiramos un pasado que en realidad no entendemos, imaginando raras virtudes donde sólo había seres humanos luchando como nosotros. Con demasiada frecuencia, en realidad, la historia militar de EE.UU. fue una historia de mediocridad institucional redimida por la riqueza, el coraje y la sangre.

Nuevamente esta mediocridad se hace evidente en nuestra metodología con respecto a las nuevas tecnologías y el subsecuente cambio institucional. En vez de explorar las posibilidades de que las nuevas tecnologías cambien la metodología con que nos organizamos para la guerra y el conflicto, nos limitamos a la selección

de las tecnologías que nos posibilitan mejorar organizaciones tradicionales. La estrategia de nuestras fuerzas militares es acumuladora, no innovadora. Tratamos de mezclar los láseres con los mosquetes. Es como si los cirujanos de EE.UU. insistieran que las técnicas quirúrgicas de antaño eran incuestionablemente las mejores y que, aunque tienen bisturís más afilados, toda la innovación que aportan pondría en peligro el sistema de sanidad pública. En esta era de triunfo estadounidense, sólo hay dos instituciones que continúan resistiéndose a enfrentar los desafíos del futuro: los sindicatos de obreros y nuestras Fuerzas Armadas. Los sindicatos tienen mejores razones.

Las matemáticas del alistamiento han variado mucho, pero no hemos descifrado la nueva fórmula. El despliegue de una brigada reforzada inutiliza varios Cuerpos de Ejército. En lugar de reformar estructuras que no funcionan, el Pentágono trata de evitar misiones, sin mirar la diferencia de importancia entre una y otra. Así es que nuestro liderazgo nacional ve a las instituciones militares como intransigentes y arbitrarias, mientras nuestros generales y almirantes están, de hecho, desconcertados.

Esta situación va a empeorar

Aunque la historia ofrece muchos ejemplos de tratados entre partes desiguales, marcando pausas entre ciclos de violencia y una falsa paz, las formas de la "paz" raramente, y tal vez nunca, han sido tan diversas e inciertas como lo son hoy en día. La Segunda Guerra Mundial, no obstante la Guerra Fría subsecuente, se acabó con gran claridad. Nosotros supimos quienes ganaron y los perdedores supieron indudablemente que habían perdido y que tenían que rendirse. Luego vino Corea, con nociones de moderación y fantasías de sutilidad diplomática que eran extrañas al alma nacional. Nuestra presencia en Corea hizo que Vietnam fuera inevitable. Mientras tanto, un trozo de Asia ha encadenado tropas

y la política y estadounidenses por casi 50 años. Podemos apoyar a Corea del Sur sin reservas, al mismo tiempo que preguntamos si la paz en el paralelo 38 estuvo bien forjada.

Aún así, en aquellos tiempos la Guerra de Corea era nuestra lucha. Nuestro involucramiento en Indochina también era razonable desde el punto de vista estratégico; era la ejecución en que nos habíamos embarcado en todos los niveles, desde el táctico de combate hacia arriba. Pero en tanto que nos concentrábamos en la manifestación final del siglo en nuestra competencia entre los poderes del bien y del mal —y no fue menos que eso— otro aspecto del conflicto resurgió por todos lados alrededor de nosotros, compuesto por deseos desatados y odios inextirpables.

Los “pequeños” conflictos de los años 60 y 70, que brotaban mientras los EE.UU. estaba, ya sea involucrado o bien recuperándose de los heridos, establecieron el nuevo paradigma. Desde el Congo hasta Chipre, desde Irlanda del Norte hasta el subcontinente indio, en el mejor de los casos la paz era inestable y en el resto hubo que forzarla y luego cuidarla. Fuertemente enfocados en la Unión Soviética —y siempre con la aprensión de otra guerra como la de Vietnam— las instituciones militares de EE.UU. ignoraban las realidades políticas en que se descomponían otras naciones y las matanzas se diseminaban. Nuestros despliegues en operaciones de paz fueron vistos como excepciones, como aberraciones. Sufrimos muertos en Beirut, incomprendidos hasta el final, pero permanecimos en la península de Sinaí. Desembarcamos en empobrecidas islas como turistas armados, y luego regresamos a casa como lo hacen los turistas.

Entonces vinieron los años 90. Somalia, Haití, los más pobres entre los pobres. Macedonia, Rwanda, Bosnia y la parte oriental de Zaire. Después del malgastado triunfo de la Operación *Desert Storm*, persistimos en el Golfo Pérsico, observando cómo el dictador, cuya vida perdonamos, atormentaba a su pueblo y jugaba a esconderse de las fuerzas de la Organización de Naciones Unidas (ONU), las cuales apoyamos con una presencia inconsistente y una retórica aún más hueca. En menor escala, mandamos observadores a Camboya y Abjasia, así como a la disputada frontera entre Ecuador y Perú.

De todos estos problemas, sólo Haití afectó directamente a los EE.UU. —debido a la oleada de desesperados inmigrantes cuyos anhelos nos avergonzaban y nos preocupaban— y sólo nuestro compromiso en el Golfo tuvo un fundamento económico. Los restantes eran “conflictos de Gabinete” en los cuales desplegamos nuestras fuerzas porque los diplomáticos y sus adherentes persuadieron al Presidente que involucrarse era necesario aunque fuere en defensa de nuestros intereses políticos o por una cuestión moral. Pero nuestros

militares fueron, como van a ir una y otra vez, aún cuando un ciudadano estadounidense común no sería capaz de ubicar siquiera uno de estos territorios en un mapa.

Vivimos en una época de “paz complicada”. Lo que actualmente pasa por “paz” puede ser agotamiento temporal de los contendientes, o una jugada astuta de una de las partes para ganar tiempo, o ganar un nuevo “statu quo” que nadie reconocerá. Cada una de estas situaciones demanda observadores militares y progresivamente, tropas para asegurar la paz que ha costado sangre.

El Departamento de Defensa se ha engañado a sí mismo, negándose la verdad y posteriormente, en el caso de Bosnia, engañando al Congreso; por motivos aún desconocidos. La paz en Bosnia es motivo de mutua infelicidad, de corrupción y estancamiento; aún aquéllos que no quieren una renovación del conflicto han sido dominados por una percepción de que éste sería inevitable en caso que nuestras tropas se alejaran del lugar. Pero los infelices e insatisfechos serbios perciben que la situación es comparable a “ni la paz ni la guerra” de Trotsky. Para el pueblo de Bosnia, es una oportunidad para construir un ejército al mismo tiempo que subsiste de la caridad, y la provisional paciencia de los Acuerdos de Dayton permite al Gobierno de Sarajevo la posibilidad de posponer todas las decisiones difíciles.

Los Croatas están consolidando los logros que fueron rechazados por el espíritu, aunque no por la realidad, de los Acuerdos de Dayton. Además, hemos convencido a ambas partes que la presencia de nuestras fuerzas es esencial a la paz. No obstante, en 1996, un año de elecciones en EE.UU., el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor dijo a los representantes elegidos del pueblo americano que nuestras tropas regresarían antes de Navidad mientras que en el Pentágono, ya habían comenzado las discusiones acerca de los próximos despliegues de fuerzas militares. Puede ser que estemos en Bosnia tanto tiempo como las unidades de la ONU han estado en Chipre: una generación.

Un poco más allá, insistimos que la cuestión de Kosovo no será solucionada por medio del envío de fuerzas terrestres estadounidenses. Esta afirmación puede ser correcta, pero habrá otros lugares como Kosovo y, ya sea por razones estratégicas o humanitarias —o sólo confusos impulsos— no podremos resistirlos. No pretendo juzgar aquí la ética ni la obligación humanitaria (me preocupa tanto la inacción como la acción). En este trabajo quiero destacar el precio que pagamos y seguiremos pagando con interés, en términos militares.

No podemos entrar en tales compromisos bajo la suposición de que serían transitorios y breves. Algunos compromisos pueden durar sólo unos meses (o el día que tome evacuar a los ciudadanos estadounidenses).

Pero en esta época problemática y llena de odios, seremos testigos de más guerras civiles, la desintegración de más estados y regiones, la fragmentación de más fronteras, y más antagonismo entre facciones, que lo que nuestra conciencia colectiva puede absorber o que nuestras fuerzas militares pueden cubrir. Los presidentes, frustrados o inspirados, enviarán a nuestras tropas a combatir estos problemas, aunque sea sólo por la razón de que los militares son normalmente el último recurso (y siempre el más impresionante). Ciertamente, el siglo venidero será un “siglo americano”, pero será un siglo de difíciles elecciones para los americanos y es improbable que siempre escojamos bien. El alistamiento militar es esencial, pero las Fuerzas Armadas deben estar listas para la realidad, no para sus fantasías de la guerra.

Aceptamos la falsa ilusión de los militares de “no más” —es decir, no más Vietnam, no más Fuerza de Tarea *Smith*, no más fuerzas inconsistentes, no más acoso sexual y ahora, no más Bosnia. Así, podríamos intentar solucionar el problema del crimen declarando que no habrá más crimen. Es muy bueno aprender de tus propios errores, pero es una soberana tontería definirse sólo por ellos mismos y sin importar cuán alto damos esos negativos gritos, la voluntad de intervenir del pueblo estadounidense, o al menos de sus líderes elegidos, es más o menos cíclica —lo suficientemente excéntrica como para impedir un pronóstico— y no depende del estado de alistamiento ni de la voluntad de nuestras fuerzas militares.

Algunas veces, por cierto, nuestras fuerzas militares podrán tener suerte y evitar los compromisos indeseables. Sólo me temo que a veces será la oportunidad equivocada. El Pentágono está mucho más dispuesto a dar el consentimiento a los esfuerzos menores que no tienen mucho sentido, que a los compromisos representan una diferencia estratégica, o los que eviten el surgimiento de una amenaza regional significativa. Nuestra tendencia nacional es demorarnos en hacer lo inevitable hasta que el precio es muy alto.

De una manera u otra, iremos. A veces los despliegues serán impredecibles y a menudo sorprendidos. Frecuentemente estaremos mal preparados para la misión, en parte debido a la repentina fuerza de la circunstancia pero también puede ser que nuestras fuerzas militares decidan estar mal preparadas para cualquier misión que no quieren, como si la falta de preparación por nuestra parte pudiera evitar nuestra ida. Somos como niños que se niegan a vestirse para ir a la escuela.

Aún en una época en que aquéllos que toman las decisiones de importancia nacional no han servido en las Fuerzas Armadas y no entienden las dimensiones técnicas ni humanas de las operaciones militares, nuestras fuerzas regularmente parecen ser capaces de cumplir misiones para las que son poco aptas; y son demasiado caras y poderosas de ser excluidas cuando se aca-

ban las opciones del Presidente y los grupos de interés o cuando los líderes de países extranjeros claman por una intervención norteamericana. Iremos a la escuela, aunque hayamos aprendido o no la lección.

Para ser justos, este problema trasciende la esfera militar. Las Fuerzas Armadas de EE.UU. son víctimas de un mundo en constante movimiento —un mundo lleno de odios, que no tiene sentido a aquéllos, elegidos o nombrados, encargados de determinar el papel de EE.UU. en la comunidad internacional. Tal vez la pérdida más lamentable de nuestra época es la destrucción del mito liberal de la innata bondad humana. Este mito era noble,

Las Fuerzas Armadas de EE.UU. son víctimas de un mundo en constante movimiento —un mundo lleno de odios, que no tiene sentido a aquéllos, elegidos o nombrados, encargados de determinar el papel de EE.UU. en la comunidad internacional. Tal vez la pérdida más lamentable de nuestra época es la destrucción del mito liberal de la innata bondad humana. Este mito era noble, aunque ingenuo. A pesar de todo, antes de su destrucción, este mito moldeó la generación que hoy domina Washington, una generación bienaventurada, no afectada por el peligro de la muerte, y cuyas políticas tienden a negar o rechazar toda la evidencia de que el hombre es falible. Es este inevitable desconcierto de políticas que lleva al frecuente empleo y mal uso de nuestras fuerzas militares.

aunque ingenuo. A pesar de todo, antes de su destrucción, este mito moldeó la generación que hoy domina Washington, una generación bienaventurada, no afectada por el peligro de la muerte, y cuyas políticas tienden a negar o rechazar toda la evidencia de que el hombre es falible. Es este inevitable desconcierto de políticas que lleva al frecuente empleo y mal uso de nuestras fuerzas militares.

Es duro observar la equivocación de aquellos hombres y mujeres que soñaron —o que aún sueñan— que un “reino pacífico” descienda en todo el mundo. Ellos están reducidos a lo que podemos llamar una política exterior “Charles Dickens”. Como el débil Sr. Micawber en la novela *David Copperfield*, estos individuos simplemente esperan que algo se presente.

En esta era de complicada paz, los EE.UU. no tienen una auténtica política exterior, sino una colección indecisa de

prejuicios y caprichos, hábitos y esperanzas. La verdad sombría es que posiblemente nunca tengamos una política exterior integrada como antes, sin importar quién se encuentre en la Casa Blanca o cuál partido dicte la dirección del Gobierno. Aunque responsablemente podemos esperar un entendimiento más maduro de la realidad internacional por parte de una administración venidera, es posible que el mundo se haya vuelto demasiado complejo para una política exterior unificada clásica, en el estilo de Metternich, Bismark, o Kissinger. Sólo sirve una forma de política—considere la rapidez con que se descompuso el apoyo “universal” para la democracia y derechos humanos de la administración de Clinton, derrotado por prioridades comerciales y la economía global, por cálculos estratégicos y compadrazgos (nuestro Gobierno no ha dicho nada de los derechos humanos ni de la democracia en Arabia Saudita, por ejemplo), e incluso por la absurda fijación destructiva que tiene la administración con Rusia, que no tiene nada que ver con la realidad rusa.

Ante el riesgo de emplear un tecnicismo cliché, nuestra tradicional imagen jerárquica de la política exterior está dando paso a las enmarañadas interacciones, en un sistema de compleja adaptabilidad. Nuestra política exterior ya no configura el mundo, sino que responde a él, frecuentemente en forma confusa y precipitada. Nuestras dificultades surgen porque no hemos reconocido la naturaleza profunda del cambio. Nos mantenemos anhelantes y esforzándonos por arreglar los casos en el viejo estilo. Actualmente, las mejor integradas de nuestras múltiples políticas exteriores son aquellas diseñadas entre el Secretario de Tesoro y el Presidente de la Reserva Federal, mientras la Secretaria de Estado juega en la periferia. Incluso nuestros medios de comunicación ejercen un mucho mayor impacto en asuntos mundiales que el que ejerce el Departamento de Estado. Aún más, el Departamento de Estado no cambiará sin dar una guerra. Y esa lucha será enfrentada con nuestras Fuerzas Armadas, en países arruinados y en calles extranjeras donde no existe la esperanza.

El futuro no dependerá de la misión que una arrogante fuerza militar consienta aceptar, sino de aquellas misiones—muchas veces sin solución— que le estarán asignadas. Nuestra fuerza es desproporcionadamente pequeña en relación a sus requerimientos y desproporcionadamente cara en relación con sus capacidades. Tiene deficiencias (a veces la ausencia completa) en tropas para funciones especializadas y, generalmente, una dolorosa escasez de capital humano, y tiene aún menos flexibilidad y resistencia. La fuerza es cara porque compramos sistemas inapropiados con tan entusiasmo. Preparamos para las misiones ideales, pero al mismo tiempo improvisamos para las misiones reales con gran gasto en lo relacionado con alistamiento, integridad de la unidad

y la calidad de vida de nuestras tropas.

A pesar del despilfarro actual, nuestro presupuesto militar de adquisiciones no es suficiente. Incluso los recientes aumentos pueden causar más daños que beneficios. Mientras una verdadera crisis de personal continúa haciéndose más profunda, los funcionarios militares declinan tomar decisiones difíciles con respecto a la organización y adquisiciones. Es probable que sólo el Congreso sea el único capaz de forzar el cambio en este momento; pero el Congreso es también el mayor responsable de la situación actual, en que insiste en favorecer la adquisición material de defensa por sobre una reforma significativa en asuntos de personal. Los soldados siempre estarán expuestas a la retórica patriótica, pero raras veces él o ella será objeto de consideración duradera. Los soldados contribuyen con su sangre a las campañas militares, no dólares a las campañas políticas, ni contratos generosos a los distritos de votación y eso siempre será su perdición. De una manera espeluznante, nuestras fuerzas militares se han convertido una empresa de negocios y su negocio no se trata precisamente con el alistamiento.

Entonces, cuando desplegamos una fuerza para patrullar las líneas entre situaciones de división étnica o religiosa—la carga de esta paz complicada que llevamos—la disminución de personal, la presión por los criminalmente austeros sistemas de abastecimiento y mantenimiento, que tienen que sostener tecnologías militares de alto nivel de ingeniería, es situación demoledora. Un despliegue de tropas mediano quita todas las posibilidades de reaccionar a dos mayores contingencias regionales y restringe nuestra capacidad de montar un esfuerzo expedicionario de manera oportuna.

Así todo, si estas misiones de mantenimiento de paz, de imposición de la paz y de observación desgastan nuestra preparación combativa, es porque no hemos tomado ninguna medida racional de prevención. Luchamos contra las misiones, en vez de enfrentar los defectos inherentes de una fuerza que ha disminuido, pero que no ha cambiado con los tiempos. No hay adjetivo lo suficientemente duro para una burocracia que coloca los sistemas y organizaciones tradicionales por sobre el reclutamiento, el adiestramiento, el bienestar y la cantidad suficiente de hombres y mujeres que vistan el uniforme. Mientras necesitemos las fuerzas pesadas, su configuración actual estará mejor en un museo que en los posibles campos de batalla del futuro. La mayor parte de los requisitos operativos en las décadas venideras serán para un cuerpo con la cantidad suficiente de soldados bien entrenados, inteligentes, y física y psicológicamente robustos. ¿Cómo podemos aceptar la naturaleza surrealista de una situación en que la fuerza armada más costosa de la historia es crónicamente deficiente de personal?

El día 10 de junio de 1996, el capitán Timothy Cauley, Jefe de la Batería C, 4º Batallón, 29ª Artillería de Campaña del 2º Equipo de Combate de Brigada, informa a sus soldados sobre el venidero ejercicio táctico en Tazar, Hungría, en apoyo a la Operación *Joint Endeavor*.



Fotos: Departamento de Defensa

El Departamento de Defensa se ha engañado a sí mismo, negándose la verdad y posteriormente, en el caso de Bosnia, engañando al Congreso; por motivos aún desconocidos. La paz en Bosnia es motivo de mutua infelicidad, de corrupción y estancamiento; aún aquéllos que no quieren una renovación del conflicto han sido dominados por una percepción de que éste sería inevitable en caso que nuestras tropas se alejaran del lugar. Pero los infelices e insatisfechos serbios perciben que la situación es comparable a “ni la paz, ni la guerra” de Trotsky. Para el pueblo de Bosnia, es una oportunidad para construir un ejército al mismo tiempo que subsiste de la caridad, y la provisional paciencia de los Acuerdos de Dayton permite al Gobierno de Sarajevo la posibilidad de posponer todas las decisiones difíciles.

En los años 80, el Ejército de EE.UU. se enamoró de una versión simplificada del “punto culminante”, una clase de metodología básica de aproximación a Clausewitz. Clausewitz fue ampliamente citado, pero generalmente no leído. En el texto original, la explicación de lo que hace un ejército para alcanzar su punto culminante describe campañas durante las cuales, mientras el ejército avanza, va dejando tropas para proteger y asegurar sus líneas de comunicación. Eventualmente, a medida que progresa hacia la profundidad del territorio enemigo, el ejército agresor se va debilitando de tal forma —porque requiere dejar cada vez más fuerzas para mantener el terreno conquistado— que pierde tanto la potencia de su masa, como el ímpetu decisivo. En ese momento el enemigo ha crecido no en términos absolutos, sino en términos relativos. Ése es el punto culminante.

Mientras que los aburridos juegos de guerra engendran imprecisos debates acerca de los puntos culminantes tácticos u operacionales, las Fuerzas Armadas EE.UU. y en particular nuestro Ejército, están en rumbo a un punto culminante estratégico, sin entrar en la guerra. Si no podemos volver atrás las tendencias negativas en materias de personal y ampliar nuestras fuerzas, pronto nos encontraremos tan agobiados por compromisos intrascendentes durante los próximos años que nos derrotaremos a nosotros mismos. Una vez más, este argumento no es en contra del cumplimiento de misiones—no tenemos otro remedio cuando el Presidente nos ordena ir— sino que es más bien un argumento contra la disculpa de la realidad estratégica en favor de nuestros deseos profesionales.

Las cifras son importantes; y no las tenemos. Compramos los sistemas nuevos en cantidades reducidas,



El Jefe Supremo de Fuerzas Aliadas, el general Douglas MacArthur firma los documentos de rendición durante la ceremonia a bordo del buque *USS Missouri* en la Bahía de Tokio el 2 de setiembre de 1945. Detrás del general MacArthur están el teniente general Jonathan Wainwright y el teniente general A.E. Percival.

Aunque la historia ofrece muchos ejemplos de tratados entre partes desiguales, marcando pausas entre ciclos de violencia y una falsa paz, las formas de la “paz” raramente, y tal vez nunca, han sido tan diversas e inciertas como lo son hoy en día. La Segunda Guerra Mundial, no obstante la Guerra Fría subsecuente, se acabó con gran claridad. Nosotros supimos quienes ganaron y los perdedores supieron indudablemente que habían perdido y que tenían que rendirse.

mientras aumentan sus precios, especificidad, y complejidad. Los grupos de presión y los generales retirados empleados por contratistas de defensa argumentan que se necesita una década o más para dotar a la fuerza de un sistema nuevo, y eso no lo debemos permitir. ¿Pero cuánto tiempo piensan que es necesario para producir oficiales, oficiales especializados, o suboficiales competentes? ¿Quién comandará, planeará, adiestrará, y ejecutará la misión que emplea nuestros escandalosamente caros sistemas, si son ligeramente mejorados? ¿Quién andará por las calles extranjeras y efectuará el patrullaje de los caminos secundarios donde estos sistemas no sirven?

Vale la pena repetir que los conflictos del siglo venidero serán conflictos humanos y que éstos van a requerir una respuesta humana. Aún en Iraq, donde los frutos de la victoria resultaron en un complejo juego de escondite (con la excepción de los curdos y los árabes de la ciénaga, para los cuáles nuestra victoria significó una esperanza sin respuesta, y después la masacre), nuestras más altas tecnologías no sirvieron para descubrir los secretos mortíferos del dictador. Mientras partidarios del poder aéreo argumentan que éste puede cumplir cada misión por sí solo, los solda-

dos de infantería están de guardia en el barro en los Balcanes. La tecnología es seductiva, pero frecuentemente irrelevante en el momento decisivo. Esta época de paz complicada es la época del soldado experto disciplinado (y esperamos que sea respaldado por un liderazgo nacional consistente y juicioso). Y es el soldado, sobre todo, el que está escaso de apoyo.

Varias propuestas de reducir la carga de operaciones de paz para nuestras Fuerzas Armadas han sido lanzadas desde el río Potomac, pero ninguna convence. Ciertamente, civiles contratados (comúnmente veteranos) pueden hacer mucho donde el nivel de amenaza es bajo y la potencia de fuego no es un requerimiento inmediato. Pero aspectos que van desde el estado legal hasta la credibilidad de aplicación limitan su aptitud en las situaciones más peligrosas. Esencialmente, los empleados militares contratados pueden proveer posibilidad de paz para las partes opuestas que buscan una oportunidad de cesar el fuego, pero ellos no pueden detener ni prevenir la violencia. Los empleados contratados pueden también servir en trabajos de “área gris”, en los que no queremos que aparezcan nuestros militares. Pero estos con-

tratistas no podrán asumir la responsabilidad de las operaciones de imposición de paz y de mantenimiento de la paz. Constituyen herramientas útiles para aumentar nuestra capacidad nacional, pero no podemos dejarlos que se conviertan en ejércitos privados.

Otra solución propuesta, ofrecida en varias formas, involucra un sistema militar de dos filas: fuerzas de élite completamente desarrolladas y preparadas para combatir nuestras guerras, y una secundaria, más barata de mantener, de carácter policial para hacer los trabajos que nuestros “combatientes” no quieren hacer. Salvo de la imposibilidad de reclutar basureros internacionales, el argumento se hunde por el análisis de costo (de hecho, no sería más barata), los inevitables celos, y el daño que consecuentes reducciones de unidades de combate le causaría a nuestras fuerzas. Además, ya tenemos un “equipo B” de fuerzas en servicio activo cada vez menos preparadas.

Nuestras fuerzas son respetadas en el desempeño de operaciones de mantenimiento de paz específicamente debido a la potencia de combate que las respalda. Una fuerza secundaria, mal preparada para conducir operaciones de combate de larga duración, no sólo sería ineficaz, sino además poco solicitada internacionalmente. La Fuerza de Protección de las Naciones Unidas (UNPROFOR) representa un ejemplo clásico de la ineficacia de tal fuerza. La paradoja de operaciones exitosas de mantenimiento de paz es que dependen de una habilidad de combate reconocida (así como la voluntad de emplear esa habilidad).

Por último, algunos teóricos académicos han propuesto contratar fuerzas extranjeras como medida de ahorrar dinero –ya sea reclutando personas o alquilando unidades existentes– para hacer nuestros negocios sucios. Esta manera de “pensar” viene de hombres bien alimentados y sedentarios, que han leído demasiada historia militar liviana. Primero, las ramificaciones legales serían insolubles. En segundo lugar, tales fuerzas no tendrían ni las capacidades prácticas ni la fuerza moral de las tropas estadounidenses. En tercer lugar, no podríamos reclutar o contratar unidades de naciones que comparten nuestros valores y normas de conducta (los suecos no estarán dispuestos; ¿quieren tropas liberianas?). Cuarto, agotaría los fondos de nuestro presupuesto de defensa y facilitaría los argumentos de liberales extremistas y contratistas de defensa, quiénes estarían encantados de cortar los gastos relacionados a personal militar. En quinto lugar, sería políticamente imposible. Los proponentes de tal tontería imaginan algún tipo de fuerza im-

perial, como los Gurkhas ingresados en nuestro Ejército para hacer los negocios sucios de nuestra nación. Pero si los EE.UU. reclutasen a los Gurkhas, les quitaríamos sus cuchillos y les prevendríamos herir a nadie. No vale la pena sacar a colación el argumento de que las naciones que dependen de fuerzas mercenarias son naciones decadentes, pues la imagen de secuaces extranjeros actuando como herramientas de imponer la voluntad de EE.UU. en países destrozados, no es una que queremos adoptar.

Al final del día (y por muchos días venideros), esta situación nos deja con misiones no deseadas y una fuerza militar dispareja. Aunque nuestros líderes militares piensan que pueden cambiar las misiones, sería mucho más fácil y al final más útil, cambiar la fuerza adaptándole a la época. Eso no quiere decir que debamos descartar todas las armas pesadas y convertir a nuestros soldados en un cuerpo policial, como algunos en el Pentágono caracterizan todos los esfuerzos por reducir la obesidad estructural de nuestras fuerzas. Mejor que eso, significa la presentación de fuerzas desplegadas, enfocadas en el aspecto de personal, evitando la compra de nuevos sistemas que perpetúan nuestras dificultades de despliegue, concentrando la investigación y el desarrollo en innovar las armas del futuro en lugar de perfeccionar las del pasado y cambiar nuestra forma de pensar, doctrina y adiestramiento para enfrentar los desafíos que nos presenta y presentará el mundo.

Pero el punto crítico del problema es la gente. Hemos de tener soldados de calidad adecuada y en cantidad suficiente bien adiestrados y equipados. Cuando pensamos en el Ejército del futuro, por ejemplo, tenemos que dejar de pensar en términos de la división hacia abajo y empezar a pensar desde el nivel de soldado hacia arriba. Debemos aprender a aceptar las misiones inevitables si queremos evitar las misiones desesperadas. A través de nuestra participación honesta en los esfuerzos de nuestra nación de modular las crisis extranjeras, tenemos que reconstruir la confianza que nuestros militares han perdido porque temen que rescatar a los desamparados pueda llevarnos a otro Vietnam.

En esta época de paz complicada, de odio, de genocidio, de poblaciones desplazadas, y de férrea intolerancia, nuestras fuerzas militares enfrentarán enormes y repetidos desafíos que entran en conflicto con nuestro concepto del empleo de las Fuerzas Armadas. Debemos dejar de pretender que esos desafíos desaparecerán –simplemente esperando que “algo se presentará”– y prepararnos para enfrentarlos. **MR**

El teniente coronel (R) Ralph Peters se retiró del Ejército para poder escribir y disertar libremente. Sus comentarios sobre asuntos estratégicos y militares han sido difundidos en una amplia diversidad de medios de comunicación. En 1999 él publicó dos libros: Traitor una novela sobre la corrupción en la industria americana de defensa; y Fighting For The Future, una visión de los conflictos venideros, basado en sus artículos publicados en la revista Parameters.